

Mónica
Carrillo

Olvidé decirte
quiero



Mónica Carrillo



Olvidé decirte quiero

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mónica Carrillo, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2016
Depósito legal: B. 5.334-2016
ISBN: 978-84-08-15297-2
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial S. L.
Impresión: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Me llamo Malena y es posible que muera hoy. Se me ha pasado tantas veces este macabro pensamiento por la mente que ahora no sé muy bien qué hacer, qué decir, ni siquiera sé qué sentir. ¿Y si finalmente muriera hoy? No digo hoy, sino ahora. En este preciso instante. ¿Cómo sería mi vida en mi ausencia?

Y la nada más absoluta me responde con un silencio perturbador.

Apenas soy capaz de moverme. Una fuerza despiadada me oprime con fiereza las piernas y hace rato que la sangre debe de haber dejado de circular por mis extremidades. Abro los ojos con suma cautela. No podría describir mi estado. Desconozco si estoy consciente, adormecida o a punto de morir.

¿Y si ya he muerto? ¿Es esto el infierno, el purgatorio o lo que sea que haya en la otra vida? ¿Es ésta la otra vida? ¿Ya he dejado la mía? La angustia me

bloquea el pecho, me comprime el esternón y apenas me deja respirar. Quiero gritar, pero soy incapaz de emitir ningún sonido. Mis labios están secos, cubiertos de tierra y de polvo. La lengua áspera consigue humedecerse levemente al encontrar un hilo de sangre que emana de la comisura del labio.

¿Es éste el túnel del que hablan? ¿Estaré a punto de ver una luz? ¿Se me aparecerá una señora mayor que me tenderá la mano para ir con ella a la eternidad? ¿Qué será la eternidad?

¡Yo no quiero vivir para siempre! Aunque, pensándolo bien, si ya he muerto no puedo vivir. En ese caso, ¡yo no quiero no vivir eternamente! No vivir durante toda la eternidad tiene que ser extenuante, agotador. Creo que me doy por vencida.

La presión brutal es cada vez más insoportable y, además de las piernas, ya me abarca el torso. El cinturón de seguridad me oprime el pecho y soy incapaz de liberarme de esta cinta inclemente que acaba de salvarme la vida. Cuando al fin logro quitármelo, sufro un fuerte golpe en la cabeza contra el suelo.

Un suspiro ha sido suficiente para este giro abrupto que ha descolocado mi vida por completo. Mi mundo se ha vuelto del revés en un solo segundo, en el instante en que mi coche salió despedido dando vueltas de campana cuando intenté esquivar

a aquel pequeño animal —una liebre, quizá— que se cruzó en medio de la carretera.

Multitud de imágenes se agolpan en mi pensamiento en una especie de moviola que reproduce sin piedad los instantes previos y posteriores al fuerte impacto. La angustia se me hace insoportable y noto cómo de mis ojos brotan dos amplias lágrimas que van a morir a la boca y a mi lengua sedienta.

Asumámoslo: estoy en las últimas, he llegado a la meta. Voy a morir. ¡Con todo lo que tenía por hacer! Y me muero justo ahora.

No deja de ser extrañamente cómico que me encuentre al borde de la muerte tras un accidente de coche cuando he estado convencida de que moriría en una catástrofe aérea desde que tuve aquel desagradable percance. Hace años viví un aterrizaje de emergencia que me dejó como legado la fobia a volar, se transformó en un sueño recurrente que me ha acompañado durante décadas y sólo comenzó a remitir cuando acudí a terapia, pero nunca desapareció por completo.

En mi pesadilla me visualizo sentada en el asiento 23F, anticipando el golpe que vendría después. Siempre elijo ventanilla porque me encanta observar las nubes desde arriba: es un espectáculo único; durante ese espacio de tiempo de ingravidez oníri-

ca, el suelo se vuelve de algodón y permanece así bajo mis pies. Es la mejor compañía en los viajes: la visión cenital del manto de nubes impolutas. Un espejismo alfombrado que atravesaré de nuevo en el aterrizaje, cuando el avión vuelva a quejarse sacudiéndose con movimientos violentos, en un último intento de no posarse en el rígido suelo, conocedor de que, abajo, al tomar tierra, volverá a esa losa horizontal tenaz e infranqueable. La realidad.

Al girar de nuevo la cabeza hacia el exterior observo que tengo unas vistas maravillosas al ala derecha. La superficie plateada y uniforme del gigante de acero únicamente se ve interrumpida por una coreografía de tornillos milimétricamente alineados que dejan espacio a un mensaje claro y rotundo: «No pisar fuera de la línea». Y justo cuando voy a plantearme cuántas veces lo he hecho, en qué ocasiones he atravesado yo esa línea de lo censurable, de lo políticamente correcto, un señor se sienta a mi lado.

Nunca he tenido suerte con mis compañeros de vuelo. Llevo tantas millas a mi espalda que hace años que tendrían que haberle puesto mi nombre a un avión, pero aun así nunca he encontrado a alguien interesante. Y cuando digo interesante, me refiero a un tipo especial. Y cuando digo especial, me refiero a un hombre con quien me hubiera ido de cena romántica al tomar tierra o al menos hubiera hecho

una fugaz escapada al lavabo del avión para aliviar nuestras pasiones de altos vuelos.

En mi sueño, repetido cientos de noches, se sienta a mi lado un tipo corpulento que llega acalorado y posa su chaqueta, el portátil, gran parte de su cuerpo y media vida sobre mí. Yo apenas logro esbozar una mueca: mi espacio vital está siendo invadido. Este hombre acaba de pisar todas las líneas de mi contorno y nadie le ha dicho nada. Y me entran unas ganas terribles de gritar: «¡Oiga, azafata!, este señor ha entrado en mi circunscripción. ¿Nadie va a hacer nada por evitarlo?». Pero finalmente lo miro, le regalo una media sonrisa condescendiente y, con los labios apretados y el hoyuelo cómplice de mi mejilla, decido saludarle cortésmente y dejarlo pasar.

Consideremos que en un avión —me digo para apaciguar los ánimos— la escasez de espacio hace que nuestro entorno más cercano sean aguas internacionales de uso y disfrute común.

Entretanto, la sobrecarga y toda la tripulación nos dan la bienvenida a bordo y nos indican cómo actuar en caso de accidente aéreo. Yo decido desconectar en ese instante.

Es obvio que todo el pasaje entiende el mensaje de la asistente de vuelo. Todos sabemos que, en caso de despresurización de la cabina, al ver ese baile de máscaras de oxígeno danzar sobre nuestras ca-

bezas la única opción posible que se nos ocurriría sería la de colocárnosla en la cara y respirar con normalidad. «Con normalidad», nos dicen cada una de las veces que uno se sube a un avión. ¿Acaso habría otra posibilidad? ¿Qué íbamos a hacer si no? ¿Ponernos nerviosos? ¿Perder la calma?

Malditos sean los que se relajan en los vuelos. Los carentes de fobias. Y esos niños simpáticos que disfrutan con todo lo que ocurre a su alrededor y gozan con los movimientos irregulares de la mole de acero que se empeña en retar la ley de la gravedad.

Mi pesadilla continúa y vuelvo a mirar de reojo a mi compañero. Admitámoslo, el señor del asiento 23E está gordo. Y me pongo a recordar cuando de adolescente tuve algunos complejos por mi sobrepeso. La verdad es que fui una niña armoniosa pero con redondeces. En ocasiones me he pasado de cóncava y en otras de convexa.

Y también recuerdo lo que me molestó su presencia al sentarse justo a mi lado; ¡con lo grande que es un avión! «Ocupa demasiado —pensé al verlo—. Su brazo invade mi espacio. ¿Por qué pone su brazo en el reposabrazos? En ningún sitio pone “su” reposabrazos. Es compartido. Deberíamos turnarnos u ocupar la mitad. O que hubiera una línea divisoria pintada en el centro.»

Pero no me da tiempo de pensar mucho más: han saltado las alarmas, el avión tiembla y el pasaje chilla.

Es posible que todo termine en este instante, de modo que reconozco lo poco que me importa que este pobre hombre ponga su brazo o deje de ponerlo. Que me da igual la camiseta que lleva ceñida al torso y que me deja intuir su cuerpo como si de una radiografía se tratase. Que ya no me incomoda su presencia. Que le acabo de agarrar la mano sin mirarle siquiera. Y que no me la ha soltado. Y que esa mano que antes se me antojaba sebosa y desagradable ahora ha sido el bálsamo perfecto. Que su sudor ya no huele. Que su mano cálida me está dando consuelo. Que se la aprieto con fuerza y con un código morse improvisado me devuelve un mensaje cifrado que me dice que no estoy sola, a pesar de que no viajo acompañada.

El comandante habla con tono serio. Se dirige primero a la tripulación, comunicándoles que han de prepararse para el aterrizaje. Acto seguido, y ante la mirada atenta del resto del pasaje, que no tenemos muy claro qué hacer, nos lanza esa frase con la que todos nos hemos angustiado en algún momento de turbulencias:

—Señoras y caballeros, vamos a efectuar un aterrizaje de emergencia. Hemos intentado solventar el problema mecánico, pero la avería persiste. Estamos en contacto con la torre de control y nos disponemos a tomar tierra en cuanto nos den permiso. En nombre de la compañía y de la tripulación, les pedi-

mos disculpas por el contratiempo. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para realizar nuestro trabajo de la forma más diligente. Suerte a todos.

«¿Cómo que “suerte”? —digo mentalmente de manera atropellada—. ¡Usted es el piloto, quien gobierna este proyectil, y nosotros los que estamos en sus manos! ¡No tengo el cuerpo para rezar ni para encomendarme a la santísima suerte! Haga el favor de dejarnos en tierra sanos y salvos que no tengo el día para morirme hoy.»

En paralelo a esa conversación conmigo misma, oigo a lo lejos gritar a una mujer mientras su marido intenta calmarla. A mi lado, el señor gordo me mira, asiente levemente con la cabeza y consigue darme más calma que mil mantras a voz en grito. Cerca de mí, un alto ejecutivo se suelta la corbata con brusquedad y sacude con fuerza las palmas de las manos contra sus trabajados cuádriceps de gimnasio caro. Junto al hombre con sudores fríos y taquicardias, dos niñas que viajan con su madre. La que está sentada junto al ala se asoma por la ventanilla. Al ver el mar a nuestros pies exclama con una amplia sonrisa:

—¡Vamos a aterrizar en el agua!

Su hermana le contesta con un entusiasmo desmedido mientras vuelca su pequeño cuerpo sobre el de su gemela:

—¡No pasa nada, yo sé nadar!

El baile de máscaras de oxígeno no deja de tintinear y nos recuerda que cada segundo que se va consumiendo se esfuma también nuestra esperanza de salir ilesos.

Éste es mi sueño recurrente. Un sueño basado en hechos reales que me persigue desde la adolescencia. Un sueño en el que nunca muero porque me despierto antes de que el avión se estrelle contra el suelo.

Uno nunca sabe cuál va a ser el vuelo de su vida. Se habla mucho de los trenes, que sólo pasan una vez y que has de coger por si no vuelven a hacer parada en tu andén. Pero nadie habla de los aviones, que te elevan contra natura a 10.000 metros del suelo. Un aparato gigante que te recuerda que puedes conseguir lo que te propongas. «Estoy volando», piensas. Y a la vez te hace sentir la fragilidad absoluta. Porque esa máquina no cuenta contigo. Y lo que es mejor: no le importas.

«No me importas —te espeta en la cara el Boeing 747—, porque, ¿sabes qué? Eres insignificante. Un grano de arena en el desierto, la gota en el mar. La nada más absoluta.» Somos tan insignificantes que sólo la idea de pensarlo se nos hace enorme. Y entonces llegan los miedos. Como siempre. Ese dedo enorme que nos aplasta contra el cristal de una ventana como si fuéramos un mosquito.

Soy miedosa por parte de padre. Para llamarse Valentín siempre ha sido bastante cobarde, la verdad. Quizá fue todo un juego de mis abuelos; una manera de reírse de él y del destino desde el principio. O quizá quisieron darle un empujón: «El niño es flojito. Le ha costado venir al mundo. Al chico le asusta el miedo. Démosle fuerza con el nombre. Que su tarjeta de presentación sea un propósito de intenciones». Yo no heredé de mi padre el nombre, pero sí el gen dominante de temblar por anticipado.

Superé aquel aterrizaje de emergencia que siempre se estrellaba en el sueño, pero me quedaron las secuelas: el miedo enquistado y la sensación de vulnerabilidad constante. Y no aproveché aquella oportunidad que me estaba dando la vida para aprender.

Y ahora que ya no estoy soñando y que estoy a punto de morir, ahora que apenas logro ubicarme y que el dolor es más fuerte que el miedo, ahora me atormentan las imágenes. A mi mente llegan aceleradas multitud de ideas, de cosas que haría y aquellas que quedarían por hacer si muriera hoy.

Los *tequieros* mudos al aire, los abrazos huecos, los besos amargos, las caricias frías, las miradas de lejos que siempre quisieron notar el aliento. Los perdones sin acuse de recibo, los recibos en blanco por no haberme atrevido.

Las conversaciones que dejaría pendientes.